

La clase obrera azucarera tucumana. Aproximaciones teórico-metodológicas para el estudio de su relación con el PRT-ERP entre 1966 y 1975



Alejandra Pisani

Licenciada en Sociología, doctoranda en Ciencias Sociales, becaria CONICET
alepisani@hotmail.com

Resumen

El artículo propone la sistematización de algunos lineamientos teórico-metodológicos que orientan la investigación en curso sobre la relación entre la clase obrera azucarera tucumana y el PRT-ERP entre 1966 y 1975. Este estudio se inscribe en la problemática más amplia de la relación entre las organizaciones de izquierda marxista y la clase obrera en Argentina durante las décadas de 1960 y 1970, un problema que si bien ha sido ampliamente estudiado presenta áreas poco exploradas, en particular en lo que respecta al análisis de los procesos subjetivos de la clase obrera. El artículo aborda tres grandes ejes: el primero vinculado a la construcción de una definición operativa del concepto de clase social. El segundo, a la sistematización de algunos aportes de Antonio Gramsci en diálogo con los conceptos de experiencia, conciencia y cultura propuestos por E.P. Thompson y Raymond Williams. Finalmente se aborda la potencialidad de la historia oral como vía de acceso a las prácticas políticas, experiencias, formas de conciencia y cultura de la clase obrera azucarera en el pasado.

Palabras clave

*Clase Obrera Azucarera
Tucumana
Conciencia De Clase
Cultura Obrera
Historia Oral*

Abstract

This article proposes the systematization of different theoretical and methodological criteria that underlie the author's research on the relationship between the Tucumán sugar workers and the guerrillas of the PRT-ERP between 1966 and 1975. This study is inscribed within the broader consideration of the relationship between the working class and the organized Marxist Left in Argentina during the 1960s and 1970s. Though this subject has been studied before, it also reveals crucial areas that have not been considered. Particularly that which centers on the analysis of working class subjective processes. The article centers on three broad strokes: the first one centered on developing an operative definition of social class. Second, it discusses the use of Gramscian concepts in the terms experience, conscience, and culture as proposed by E.P. Thompson and Raymond Williams. And last, it deals with the potentiality of Oral History as a window to access political practices, experiences, and forms of conscience and culture in the Tucumán sugar workers.

Key words

*Working Class
Tucuman Sugar Workers
Class conscience
Labor Culture
Oral History*

El artículo que aquí se presenta propone la sistematización de algunas reflexiones teórico-metodológicas surgidas a partir de una experiencia de investigación concreta, se trata del estudio del vínculo entre la clase obrera azucarera tucumana y el Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) en el período que va desde el inicio de la dictadura militar de junio de 1966 hasta el inicio del denominado Operativo Independencia en febrero de 1975. Este estudio de caso se inscribe en la problemática más amplia de la relación entre las organizaciones de izquierda marxista y la clase obrera en Argentina durante las décadas de 1960 y 1970, un problema que si bien ha sido ampliamente estudiado tanto desde el campo de la historia como del de las ciencias sociales presenta áreas poco exploradas, en particular en lo que respecta al comportamiento de la clase obrera. La mayoría de las investigaciones ha puesto el foco en las organizaciones políticas proponiendo diversas caracterizaciones sobre su composición social, condiciones de emergencia, inserción de clase y estrategias políticas, así como diferentes diagnósticos sobre las causas de su derrota. Respecto de este último punto es posible observar que en la mayoría de los argumentos existe una cierta coherencia entre la caracterización de la inserción de clase de las organizaciones políticas y las explicaciones acerca de su derrota. Así, las investigaciones que ubican su desarrollo como un fenómeno de clases medias desencantadas con el peronismo y fuertemente influenciadas por el contexto internacional, explican su derrota a partir de un aislamiento respecto de las masas populares originado en su interpretación errónea sobre los niveles de conciencia alcanzados por estos sectores¹. De manera complementaria, aquellas investigaciones que ubican a las organizaciones de izquierda como una expresión de la sociedad de su época y ponen énfasis en la articulación de las mismas con la clase obrera, explican su derrota a partir de una dificultad de establecer diagnósticos adecuados respecto de las fuerzas sociales a las que se enfrentaban². De este modo, la relación entre las organizaciones políticas de izquierda y la clase obrera se ubica como uno de los puntos nodales de los debates, haciendo que la caracterización de la clase obrera en el período ocupe un lugar central tanto en los argumentos reivindicativos como críticos hacia las organizaciones de izquierda, en particular hacia aquellas que optaron por la lucha armada. Sin embargo, dado que la mirada está centrada en las organizaciones políticas, la caracterización de la clase obrera en cuanto a sus prácticas políticas, procesos de constitución identitaria, experiencias cotidianas, formas de conciencia, tradiciones y cultura queda subordinado a las explicaciones y los diagnósticos sobre el comportamiento de estas organizaciones. La investigación en curso propone cambiar el eje del análisis tomando como punto de partida la caracterización de la subjetividad social de la clase obrera azucarera tucumana para luego analizar cómo los aspectos que la caracterizan han incidido en sus diferentes formas de vinculación con las organizaciones de izquierda, en particular con el PRT-ERP.

1. Entre los principales exponentes de esta lectura pueden citarse: Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980. (Política y violencia)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1984; y Tortti, María C. "Protesta social y 'Nueva Izquierda' en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional", en A. Pucciarelli (Ed.) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba, 1999. Págs. 205-234.

2. Esta línea de análisis ha sido desarrollada principalmente en: Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro, *Los setentistas. Izquierda y clase obrera 1969-1976*. Buenos Aires: Eudeba, 2000; y Pozzi, Pablo "Por las sendas argentinas..." *El PRT-ERP. La guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2004.

Uno de los principales desafíos de este modo de abordaje es la construcción de una definición operativa del concepto de clase social, ya que si bien este concepto constituye uno de los andamiajes fundamentales de la teoría marxista, la obra de Marx no proporciona una definición estrictamente formal del mismo. Si bien esto trae aparejados numerosos inconvenientes, la ausencia puede ser entendida en sí misma como un indicador del modo en que el autor concebía las clases sociales: la no definición "abstracta" del concepto puede vincularse al hecho de que, para Marx, las clases constituyen un fenómeno histórico que sólo puede comprenderse en el marco del proceso social en el que cobra existencia y se desarrolla. Esta visión plantea un conjunto de interrogantes que es necesario resolver a la hora de abordar el estudio de la clase obrera azucarera tucumana: ¿la pertenencia de clase puede definirse exclusivamente en función de su inserción en la estructura productiva de una sociedad? y si no es así, ¿qué otros aspectos deben ser considerados?; ¿esta pertenencia debe ser comprendida en términos individuales o es necesario pensarla en un sentido más amplio? y en este último caso ¿cuál es la unidad mínima de análisis? Responder a

estos interrogantes requiere dar cuenta del problema de la relación entre los aspectos objetivos y subjetivos de la clase, más concretamente, se trata de construir un concepto de clase que, sin caer en una visión relativista que niegue su anclaje material, pueda dar cuenta de los procesos subjetivos como algo irreducible a un mero epifenómeno de las contradicciones estructurales.

En segundo lugar, se presenta el problema de la selección de un marco teórico-conceptual adecuado para la caracterización de la clase obrera entendida en los términos antes mencionados, en otras palabras, se trata de encontrar un andamiaje teórico que permita dar cuenta de los procesos subjetivos de politización de la clase, entendiendo que los mismos son más amplios y más complejos que la adhesión orgánica a una organización política. Para esto se recuperan algunos de los aportes de Antonio Gramsci en diálogo con los conceptos de experiencia, conciencia y cultura propuestos por E.P. Thompson y Raymond Williams. Estas miradas resultan particularmente significativas a la hora de abordar el problema en cuestión, al tiempo que abren nuevos interrogantes: ¿es posible pensar que la experiencia cotidiana de la clase obrera plantea ciertas especificidades respecto de las de otros grupos sociales? si esto es así, ¿cuáles son estas especificidades?; ¿puede pensarse en la conformación de ciertas pautas culturales ancladas en esa particular experiencia?; ¿cuáles han sido los procesos históricos de su construcción?; ¿cuáles son las condiciones de su persistencia o de su transformación?; ¿es posible ubicar a esas pautas culturales como una vía de acceso al estudio de la conciencia de un sector de la clase en un determinado momento histórico? y, finalmente, ¿resulta pertinente analizar la dinámica subjetiva de politización de la clase obrera en relación con estos procesos? El problema de la relación entre los procesos objetivos y subjetivos de la clase obrera reaparece aquí bajo una nueva perspectiva: si se acepta que las contradicciones estructurales no determinan mecánicamente la acción de la clase pero sí inciden en ella, es preciso dar cuenta de cuáles son los elementos que permiten que dichas contradicciones se resuelvan en confrontación social.

Por último, se presenta el problema de cómo abordar metodológicamente el estudio de la experiencia, la cultura y la conciencia de un sector de la clase obrera en el pasado. Para ello se recuperan los aportes de la historia oral destacando su potencialidad para proporcionar un acceso al mundo de la experiencia humana en el pasado y de ofrecer información fáctica escasamente documentada por otras fuentes. Las fuentes orales permiten captar dimensiones generalmente inadvertidas en los documentos escritos, tales como los significados conferidos a las actividades cotidianas y del mundo del trabajo, las creencias y los valores. Esta información permite reconstruir hechos históricos, complementar la información obtenida en otras fuentes y comparar y criticar los datos existentes. Sin embargo la construcción de esta información plantea una serie de problemas que es necesario resolver: por un lado, los valores y significaciones que emergen en las entrevistas se construyen desde la experiencia de los sujetos en el presente, de esta forma los sentidos que los entrevistados atribuyen a sus acciones en el pasado están necesariamente mediados por su experiencia actual. Estas resignificaciones constituyen un material muy valioso para los estudios sobre memoria, sin embargo, ¿es este el único uso posible de las fuentes orales o es posible reconstruir a través de ellas los sentidos que los trabajadores atribuían a sus acciones en el pasado?. Por otro lado, se presenta el problema de la relación entre los procesos sociohistóricos y las experiencias subjetivas. Las fuentes orales nos permiten el acceso al modo en que un entrevistado vivenció un proceso histórico concreto, ahora bien, ¿esa información puede considerarse representativa de una experiencia colectiva?, en otras palabras ¿es posible acceder a la subjetividad colectiva de una época a través de los testimonios de algunos sujetos? y si es así ¿cómo fundamentar este paso de lo subjetivo a lo social? Esta pregunta adquiere especial relevancia si se toman en cuenta las limitaciones fácticas a la hora de construir fuentes orales vinculadas al

tema de investigación propuesto. Entre estas limitaciones pueden citarse la cantidad de sujetos que han sobrevivido al proceso genocida desplegado durante la segunda mitad de la década de 1970 y están dispuestos a narrar su experiencia; los efectos del terror en sus relatos y en lo que deciden contar o mantener en silencio y, por último, lo que recuerdan o han olvidado de sus experiencias en el pasado.

El presente artículo se propone reflexionar sobre los problemas hasta aquí esbozados a partir de la experiencia de investigación sobre la relación entre los trabajadores azucareros tucumanos y el PRT-ERP entre la segunda mitad de la década de 1960 y la primera de 1970. Más que proponer respuestas generales se trata de exponer el modo en que están siendo abordados en relación a este estudio de caso concreto con la intención de que estas reflexiones puedan aportar a un debate más amplio.

La construcción del objeto de análisis: hacia una definición operativa del concepto de clase social

Como toda investigación, el estudio de los procesos subjetivos de politización de la clase obrera tucumana en las décadas de 1960 y 1970 implica la delimitación del objeto de estudio. Esta tarea, aparentemente sencilla, supone la construcción de una definición operativa del concepto de clase social capaz de dar cuenta de la complejidad del fenómeno bajo análisis. Para ello es necesario adoptar una serie de decisiones teóricas que permitan resolver cuestiones como la pertenencia de clase de los sujetos que protagonizaron los procesos de lucha y resistencia en el período. Este problema se complejiza por el hecho de que, en muchos casos, se trató de sujetos que se habían quedado sin trabajo como consecuencia del cierre de los ingenios azucareros o mujeres y jóvenes que formaban parte de núcleos familiares obreros aunque no trabajaran en los ingenios³. Se trata de sujetos que desempeñaron un papel fundamental en las luchas obreras del período pero que tomados individualmente no mantienen la relación con los medios de producción que tradicionalmente define a los miembros de la clase obrera. Uno de los problemas que se presenta entonces es el de establecer si estos grupos pueden ser incluidos dentro de la clase obrera y en qué términos fundamentar esta inscripción, para esto es necesario revisar el concepto de clase social.

Como fue mencionado, uno de los principales desafíos a la hora de especificar el concepto de clase social es que Marx no proporciona una definición formal del mismo. Las clases son analizadas como fenómenos históricos que sólo pueden comprenderse en el marco del proceso social en el que cobran existencia y se desarrollan. En los textos del autor el surgimiento de la burguesía y la clase obrera es explicado como resultado del desarrollo de la división social del trabajo. Esta división encuentra fundamento en una violencia expropiatoria que, en el mismo movimiento, despoja a los productores directos de la posesión sobre sus medios de producción, produce la apropiación de estos medios por parte de la burguesía y elimina las relaciones que convertían a los trabajadores en propiedad de terceros. De este modo, la expropiación de los medios de producción transforma a los medios de trabajo en capital, a los trabajadores en clase obrera y a los expropiadores en burguesía. Las clases se definen así como un fenómeno relacional: la posesión o no de los medios de producción se ubica como la frontera que define a las clases sociales⁴. Pero la clase obrera no se presenta inmediatamente por el hecho de existir estructuralmente ni por verse forzada a vender su fuerza de trabajo. En el planteo de Marx los individuos sólo conforman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común con otra clase, ya que por fuera de esta confrontación se enfrentan unos con otros hostilmente en el plano de la competencia. Las primeras formas de esta confrontación, a su vez, se producen de manera simultánea a la conformación estructural de la clase⁵. Es importante aclarar que en este planteo la referencia a la idea de confrontación adquiere un

3. Un caso emblemático es el de Hilda Guerrero de Molina una activista del sindicato del Ingenio Santa Lucía que tuvo una importante participación en las acciones de lucha impulsadas en el período pese a que formalmente no desempeñaba ninguna tarea al interior del ingenio. Fue asesinada por las fuerzas represivas el 12 de enero de 1967 en el marco de las acciones de protesta obreras contra el cierre de los ingenios azucareros.

4. Marx, Karl. "La llamada acumulación originaria", en *El Capital*, Tomo I, Vol. 3. Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2011. Págs. 891-967

5. Marx, Karl; Engels, Friedrich. *La ideología alemana*. Montevideo: Pueblos Unidos, 1970. Pág. 61

sentido amplio que excede a las luchas con objetivos declaradamente revolucionarios. Confrontación alude a todas aquellas actividades que dan cohesión a una clase contraponiéndola a otra y constituyen de hecho una traba al normal desarrollo de las relaciones sociales capitalistas⁶. En el caso de la clase obrera azucarera tucumana, las primeras formas de confrontación coinciden con la expansión de las relaciones de producción capitalistas en la industria azucarera hacia fines del siglo XIX. Las mismas estuvieron vinculadas a la continua evasión de los mecanismos compulsivos de reclutamiento de trabajadores y al rechazo de las pautas disciplinarias impuestas por la burguesía a través de conductas como el ausentismo, el enfrentamiento con los patrones y capataces o el no acatamiento de los ritmos de trabajo establecidos⁷.

El concepto de clase social designa entonces una relación socio-histórica que refiere a dos cuestiones íntimamente relacionadas entre sí: un posicionamiento estructural y una confrontación devenida de la contradicción entre los propios intereses y los de la clase antagónica. Estos dos sentidos aparecen condensados en un pasaje de *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, donde Marx sostiene que “En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, sus intereses y su cultura de otras clases y las oponen a éstas de un modo hostil, aquellas forman una clase.”⁸ Este fragmento introduce nuevos elementos al concepto, además de la posición estructural y la confrontación con la clase antagónica, la clase se define aquí por un “modo de vivir” y “una cultura”. Aunque ninguna de estas instancias aparece claramente especificada, las mismas parecen ubicarse como mediación entre los procesos antes referidos, la cultura puede pensarse entonces como un espacio en el cual las contradicciones estructurales se resuelven en confrontación social. Este sentido es recuperado por E. P. Thompson, quien ubica a las clases sociales como “un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados tanto en lo que se refiere a la materia prima de la experiencia como a la conciencia”.⁹ La experiencia cotidiana de los trabajadores es presentada como “materia prima”, es decir, como uno de los elementos a partir del cual se configura la clase obrera. La conciencia, por su parte, puede ser entendida como una forma de significación de esa experiencia. En el caso de la clase obrera puede pensarse que uno de los aspectos centrales de su experiencia, aunque no el único, es el trabajo en condiciones de explotación y que sus formas de conciencia van a incluir alguna forma de significación de esa experiencia. Esto implica que el establecimiento de la lucha común que configura a la clase como tal depende, en gran parte, del sentido que los sujetos que la componen otorguen a su propia situación objetiva. Sólo en la medida en que dicha situación sea concebida como injusta, no natural y, por lo tanto, factible de ser modificada a través de la acción colectiva, la experiencia de explotación dará lugar a una acción transformadora. Las formas de entender ese carácter injusto y los objetivos de las acciones de la clase son múltiples y varían históricamente, sin embargo, sin estas percepciones sería imposible la transformación de la clase económica en sujeto político. Si esto es así, observar la realidad social a través del prisma del concepto de clase supone dar cuenta del modo concreto en que una serie de experiencias diferentes que tienen en común ciertas condiciones objetivas se articulan para dar lugar a un colectivo que percibe a sus propios intereses como opuestos a los de otro grupo social.

Siguiendo estos argumentos es posible sostener que la clase obrera se configura como tal a partir de procesos objetivos y subjetivos: los primeros vinculados a la inserción en la estructura productiva de la sociedad y los segundos relacionados con las formas de significación de esa inserción. Estas dimensiones resultan fundamentales a la hora de delimitar el sujeto de estudio de la investigación propuesta ya que permiten comprender a la clase como un fenómeno colectivo y dar cuenta del carácter dinámico de las relaciones que la definen. De este modo, el hecho que un trabajador hubiera perdido su empleo por el cierre del ingenio en el que trabajaba no niega su

6. Véase Camarero, Hernán; Pozzi, Pablo; Schneider, Alejandro. “Eppur si muove. De la realidad a la conceptualización en el estudio de la clase obrera argentina”, en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política*, 2001, v.16, n.1. Págs. 190-214.

7. Véase Romano, Graciela del Valle. *Benito, Azúcar y Sangre. FOTIA y la huelga azucarera de 1959*. Buenos Aires: edición del autor, 2009.

8. Marx, Karl. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2003. Pág. 116

9. Thompson, Edward P. “Prefacio”, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica, 1989. Pág. 13

condición de obrero ya que este hecho no implica la transformación automática de los criterios culturales, intereses, aspiraciones y formas de vida que lo definían como tal. Lo mismo sucede en el caso de las mujeres y los jóvenes pertenecientes a familias obreras en tanto compartían experiencias, valores y tradiciones gestados a través de las relaciones de producción azucareras pese a que formalmente no desempeñaban ninguna función al interior de los ingenios.

Cabe aclarar que la alusión a los procesos objetivos y subjetivos de la clase refiere aquí a instancias analíticas que resultan indisociables en la realidad concreta y que no se trata de instancias monolíticas sino que incluyen heterogeneidades a su interior. Así, si bien las condiciones objetivas del orden social capitalista suponen siempre la explotación de una clase por parte de la otra, las formas históricas que asume esta relación varían históricamente dependiendo de las diferentes correlaciones de fuerza que se establecen en el proceso de lucha de clases. Del mismo modo, las condiciones subjetivas varían a lo largo de la historia e incluso en un mismo momento pueden existir significaciones diversas que dan lugar a acciones diferentes y a veces contradictorias por parte de diferentes sectores de clase. Esta heterogeneidad, sin embargo, no implica que los procesos subjetivos posibles en un momento histórico determinado sean infinitos ya que los mismos están vinculados a las condiciones materiales de existencia de los trabajadores. El problema radica entonces en cómo pensar la relación entre los procesos subjetivos y objetivos de la clase. Al respecto resulta sugerente el concepto de “limitación estructural” desarrollado por Erik Olin Wright¹⁰ según el cual la estructura social establece los límites dentro de los cuales pueden variar los procesos subjetivos excluyendo ciertas posibilidades. Así, las condiciones objetivas establecen límites a los procesos subjetivos posibles haciendo que algunos de estos procesos sean más probables que otros pero no los determinan mecánicamente.

10. Wright, Erik Olin. *Clase, crisis y Estado*. Madrid: Siglo XXI, 1983. Págs. 8-9

Desde esta perspectiva, el estudio de los procesos subjetivos de politización de los trabajadores azucareros tucumanos requiere dar cuenta del modo concreto en que una serie de experiencias diferentes que tenían en común ciertas condiciones objetivas se articularon en una trama de significaciones comunes que dieron cohesión al colectivo y lo hicieron capaz de percibir a sus propios intereses como contrapuestos a los de otro grupo social. La cuestión radica entonces en dar cuenta de cuáles fueron los procesos y las instancias que hicieron posible esa unificación. Si bien esa especificación sólo puede resultar de un estudio exhaustivo de su experiencia histórica concreta, puede plantearse de manera tentativa que la cultura desempeñó un papel central en tanto espacio en el que se definieron los sentidos que hicieron posible la confrontación. En este marco adquiere relevancia el estudio de las pautas culturales y las formas de conciencia de la clase.

La especificación de las dimensiones de análisis: experiencia, cultura y conciencia de clase

Según lo planteado hasta aquí las clases sociales constituyen un fenómeno relacional e histórico anclado en tres procesos: la posición estructural definida a partir de la relación con los medios de producción; la confrontación posibilitada por la percepción de la diferencia entre los propios intereses y los de la burguesía; y cierto “modo de vivir” o cultura. El estudio de los procesos históricos de lucha de la clase obrera requiere entonces dar cuenta de los procesos objetivos y subjetivos que intervinieron en ellos. En el caso de la clase obrera tucumana, las medidas impulsadas por la dictadura de Juan Carlos Onganía marcaron una profunda transformación de las condiciones objetivas que habían funcionado como anclaje de las luchas de los trabajadores azucareros. Hasta ese momento la producción azucarera era la principal actividad económica de la provincia, se trataba de una actividad agroindustrial que se

desplegaba a través de una pluralidad de ingenios de tamaño medio, relativamente concentrados en la zona sur de la provincia, cercanos a la capital y cuya consolidación a nivel estructural estuvo fuertemente ligada al proteccionismo estatal. Tanto la actividad fabril como la agrícola dependiente de los ingenios se llevaban a cabo en unidades productivas con altas concentraciones de trabajadores respecto de las típicas en el país para una y otra actividad. Se trataba además de una actividad productiva de ritmo estacional. Estas características establecieron diferencias entre los obreros en función de su inserción en el ámbito fabril o agrícola y de las modalidades de su contratación. Esto dio lugar a la existencia de cuatro tipos de trabajadores: los trabajadores fabriles estables, los trabajadores fabriles estacionales, los trabajadores agrícolas estables y los trabajadores agrícolas estacionales¹¹. La experiencia de cada sector planteaba especificidades respecto de la de los demás, sin embargo, todos los grupos participaban de un contexto que incluía elementos unificadores. Entre ellos pueden citarse la alta concentración de trabajadores por unidad productiva, la importancia de la industria azucarera en la economía provincial, el carácter endémico de las crisis de la industria, su temprana dependencia hacia el Estado, la concentración geográfica de los ingenios y su cercanía a los principales centros urbanos de la provincia. Una gran parte de los obreros azucareros vivía en las “colonias” de los ingenios, esto suponía que los trabajadores además de compartir las jornadas laborales al interior de la fábrica o en las plantaciones de caña, se integraban en un contexto habitacional común. Existía además un alto número de trabajadores nacidos en la provincia y en muchos casos se trataba de segundas o terceras generaciones de trabajadores vinculados a la industria azucarera¹². Otro elemento unificador estaba dado por el antiguo arraigo de la actividad en la región lo que, sumado al carácter monoprodutor de la actividad económica local, se expresó en la existencia de una mano de obra fuertemente conectada con la región y con la industria.

En cuanto a sus formas de confrontación, la historia de la clase obrera azucarera tucumana está signada por un alto nivel de conflictividad social vinculado a la crisis endémica de la industria azucarera y a la importancia de esta industria en la economía provincial. Su principal organización, la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) fue la columna vertebral del movimiento sindical y del peronismo en Tucumán desde su fundación en 1944, sin embargo, la organización de los trabajadores azucareros había comenzado mucho antes. Ya hacia fines del siglo XIX los trabajadores se reunían clandestinamente con el objetivo de obtener mejores condiciones laborales, las primeras huelgas registradas datan de principios del siglo XX y constituyeron respuestas colectivas de los trabajadores ante las duras condiciones de trabajo a las que estaban sometidos. A partir de estas huelgas el Partido Socialista comenzó a tener una influencia creciente sobre los trabajadores azucareros a través de la realización de “campanas de esclarecimiento” y la fundación de “centros obreros socialistas”. Los primeros sindicatos de obreros azucareros se organizaron hacia fines de la década de 1930 con la activa participación de los Partidos Socialista y Comunista, que desde principios de siglo venían desarrollando tareas de concientización y esclarecimiento entre los trabajadores. Estos sindicatos se organizaron por ingenios e inicialmente se afiliaron a la Federación Obrera de la Alimentación (F.O.A.). A comienzos de 1942 la F.O.A. envió militantes sindicales desde Buenos Aires con la expresa orden de crear en Tucumán una Federación de Obreros de la Industria Azucarera, con este objetivo se elaboró un pliego de condiciones que posteriormente sería la base del programa de la FOTIA. De este modo, cuando se produce la fundación de la FOTIA a instancias de la Secretaría de Trabajo y Previsión del primer gobierno peronista, los obreros azucareros tucumanos contaban con una larga tradición de lucha y una gran experiencia organizativa. Esto se expresó en que una vez fundada la Federación los obreros la utilizaron rápidamente como medio para exigir la vigencia de sus derechos. La FOTIA tenía una gran capacidad de organización y movilización debido a que contaba con dirigentes

11. Para más información sobre la composición social de la clase obrera azucarera en el período puede consultarse: Sigal, Silvia. “Crisis y conciencia obrera: la industria azucarera tucumana”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 6, N° 1, 1970, Buenos Aires; Sigal, Silvia “Acción obrera en una situación de crisis: Tucumán 1966-1968”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 25, N° 2, 1978; y Murmis, Miguel y Waisman, Carlos. “Monoproducción agroindustrial, crisis y clase obrera: la industria azucarera tucumana”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. V, N° 2, 1969, Buenos Aires.

12. Según los datos disponibles más de un 50% de los trabajadores azucareros eran hijos de tucumanos, más de un 60% eran hijos de trabajadores de la industria azucarera, más de un 80% eran nacidos en Tucumán, más de un 80% habían pasado tres cuartas partes de su vida ocupacional en la provincia y más de un 50% con hijos activos tenían por lo menos uno de ellos trabajando en la industria azucarera. Para más información véase: Murmis, M. y Waisman, C. Op. Cit. Pág. 3 y 6

13. Para más información sobre las primeras formas de organización de los obreros azucareros véase: Pavetti, Oscar. "Azúcar y Estado en la década de 1960", en L. Bonano (coord.) *Estudios de Historia Social de Tucumán*. Tucumán: Facultad de Filosofía y Letras, UNT, 2001; y Romano, Graciela del Valle Op. Cit.

14. Esto se pone en evidencia en el hecho de que en 1972, tras un período de crisis, los 16 ingenios que seguían funcionando registran un volumen de producción mayor que el que tenían los 27 ingenios que funcionaban en 1966. Para más información sobre las transformaciones producidas a partir de junio de 1966 puede consultarse: Crenzel, Emilio. *El Tucumanazo*. Tucumán: UNT, Facultad de Filosofía y Letras, 1997; Murmis y Waisman Op. Cit.; Paolasso, Pablo y Osatinsky, Ariel. "Las transformaciones económicas y sociales de Tucumán en la década de 1960", en, *Actas del VIII Encuentro de la Red de Economías Regionales en el marco del Plan Fénix y I Jornadas Nacionales de Investigadores de las Economías Regionales*. Entre Ríos: UNER, 2007; y Osatinsky, Ariel. "Las transformaciones económicas y el deterioro social de Tucumán en los años de Onganía", en *Actas del XII Encuentro de cátedras de Ciencias Sociales y Humanísticas para las Ciencias Económicas*. Jujuy: UNJU, 2006.

15. La FOTIA había pasado de 38 mil afiliados en 1963 (siendo el cuarto sindicato de industria del país por el número de trabajadores sindicalizados, luego de la UOM, vestido y carne) a 5 mil en 1969, de 52 sindicatos de fábrica y surco adheridos quedan sólo 19. Para más datos véase: Sigal, Silvia Crisis... Op. Cit; y Taire, Marcos. *El último grito. 1974: crónica de una huelga de los obreros tucumanos de la FOTIA*. Buenos Aires: Ediciones del pago chico, 2008.

de larga trayectoria, quienes podían movilizar a los obreros sin depender de la ayuda ajena o del consentimiento del gobierno peronista, situación que ayudó a mantener su autonomía regional¹³.

Luego del golpe militar de 1955 la FOTIA se convirtió en uno de los principales espacios de la "Resistencia Peronista" a nivel provincial y durante la primera mitad de la década de 1960 funcionó como un espacio de articulación y confluencia de distintas tendencias de renovación del peronismo y la izquierda marxista, entre las que se encontraba el PRT. Esta articulación alcanzó una de sus máximas expresiones en las numerosas medidas de lucha impulsadas durante la crisis azucarera de 1965 y en la presentación de candidatos obreros en las elecciones legislativas del mismo año. La capacidad de lucha y de articulación con diferentes sujetos sociales de la FOTIA fue profundamente afectada por el impacto de las medidas socioeconómicas implementadas por la dictadura de Juan Carlos Onganía a partir de junio de 1966. Estas medidas llevaron al cierre de 11 de los 27 ingenios que funcionaban en la provincia y a una contracción del 41% de su aparato productivo, expresando así un avance decisivo en las políticas concentradoras y centralizadoras de capital que se venían produciendo desde 1959¹⁴. Si bien estas transformaciones marcaron un cambio fundamental en las condiciones objetivas de la clase obrera azucarera al producir una fractura su interior entre los trabajadores ocupados y desocupados, las mismas no supusieron una clausura de su capacidad de lucha. En el plano organizativo, esta fractura se expresó en una fuerte disputa al interior de la FOTIA entre los sectores que pretendían reencauzar la acción sindical hacia la recuperación de los niveles de ocupación, salarios y legalidad previos al golpe de 1966 y los que proponían una radicalización de la lucha a través de la articulación con otros sectores afectados por la crisis. La disputa acabaría resolviéndose a favor del primer sector hacia mediados de 1968 con la renuncia forzada de los dirigentes de ingenios cerrados que todavía participaban en la comisión directiva de la FOTIA y con el alineamiento de la Federación dentro de la corriente "dialogista" del sindicalismo a nivel nacional. Estos hechos marcaron un debilitamiento de la FOTIA y su desplazamiento como sujeto capaz de hegemonizar la lucha, se expresó tanto en una fuerte disminución de su número de afiliados como en su progresiva pérdida de capacidad para impulsar una articulación con el resto de los sujetos sociales afectados por la crisis¹⁵. El debilitamiento de la FOTIA se produjo en un contexto de proliferación de conflictos en torno a problemas locales específicos protagonizados por los sectores estructuralmente más débiles: obreros de ingenios cerrados y amenazados, trabajadores de las nuevas fábricas instaladas en el marco del "Operativo Tucumán" y obreros ferroviarios. Las fuentes indican que durante estos conflictos los trabajadores azucareros establecieron articulaciones con el resto de los sectores obreros en lucha, con el Movimiento de Curas Tercermundistas, con el movimiento estudiantil universitario y con organizaciones de izquierda marxista, entre ellas, el PRT. La articulación se produjo a través de organizaciones gremiales específicas de obreros azucareros desocupados y de las nuevas instancias sindicales y políticas surgidas en el marco de la inserción de ex-trabajadores azucareros en nuevos espacios laborales. Esta convergencia alcanzó su máxima expresión en los Tucumanazos de mayo de 1969, noviembre de 1970 y junio de 1972, donde confluyeron con diferentes niveles de gravitación los sectores antes mencionados. Al igual que en otras zonas del país como Córdoba o Rosario, entre fines de la década de 1960 y principios de la de 1970 en Tucumán se registró una confluencia creciente entre sectores radicalizados en torno a problemas locales específicos, la particularidad del caso tucumano radicó en que esta articulación se produjo en un contexto de debilidad relativa de las organizaciones obreras tradicionales. En este marco, la posibilidad por parte de los obreros de ingenios cerrados y amenazados para establecer articulaciones con otros sujetos sociales y su participación en las diversas acciones del período ponen de manifiesto la persistencia de la capacidad de lucha de un importante sector de la clase obrera azucarera tucumana luego de las transformaciones en

las condiciones objetivas que, hasta ese momento, favorecían su cohesión. Se hace necesario entonces explicar este comportamiento, la hipótesis que guía la investigación en curso es que el mismo estuvo vinculado al desarrollo previo de ciertos procesos subjetivos como la conformación de pautas culturales, tradiciones y formas de conciencia que permitieron una lectura de la realidad en términos de antagonismo social. Estos procesos, forjados a lo largo de la experiencia de lucha de la clase, no necesariamente se expresaron en la adopción de identidades socio-políticas revolucionarias por parte de los trabajadores pero sí permitieron que un factor potencialmente desmovilizante como la desocupación fuera significado como un problema colectivo. Esa lectura de la realidad desempeñó un papel central en la articulación de los trabajadores azucareros con otros sectores sociales y con las organizaciones armadas de izquierda, en un contexto signado por la crisis de sus canales tradicionales de expresión política y por la transformación de las condiciones objetivas en las que se sustentaba su poder.

En relación con esta hipótesis se presenta el problema de la selección de un marco teórico-conceptual adecuado para la caracterización de los procesos subjetivos de la clase obrera azucarera tucumana. Uno de los conceptos que resultan particularmente significativos a la hora de abordar esta cuestión es el de “cultura” propuesto por Raymond Williams. Este autor propone una síntesis superadora de, por lo menos, dos de los significados asociados a la idea de cultura a lo largo de la historia: la cultura como un modo de vida particular de un determinado colectivo y la cultura como el conjunto de las obras prácticas de la actividad intelectual y especialmente artística. Ambos aspectos, los significados y orientaciones para los que los miembros de un determinado colectivo han sido entrenados y las nuevas observaciones y significados que se brindan para ser puestos a prueba, son presentados como elementos constitutivos de la cultura y como procesos ordinarios en todas las sociedades y en todas y cada una de las mentalidades. El autor afirma que la cultura es siempre tradicional y creativa a la vez y se compone tanto por los significados comunes más ordinarios como por los significados individuales más elaborados¹⁶. De este modo, la exclusión de la clase obrera de las instituciones a las que la cultura burguesa asigna el rótulo de “culturales” (educativas, literarias, sociales, etc.) no supone su exclusión de “la” cultura. No todos los aspectos de la cultura son “burgueses”, la cultura contemporánea es un conjunto heterogéneo de significaciones, valores, instituciones que modo alguno son resultado exclusivo de la clase burguesa. Esta concepción de la cultura como una experiencia ordinaria puede pensarse en relación con la concepción gramsciana de la filosofía como una actividad común a todos los hombres. Para Gramsci la filosofía no se reduce a la elaboración individual de conceptos sistemáticamente coherentes sino que debe entenderse como “concepción del mundo”, es decir, como el conjunto de elementos a partir de los cuales los hombres otorgan sentido a la realidad y orientan sus acciones. Entendida de este modo, la filosofía se halla contenida en el lenguaje, en el sentido común y el “buen sentido”, en la religión popular y en todo el sistema de creencias, supersticiones, opiniones, maneras de ver y de obrar que se manifiestan en el ‘folklore’¹⁷. Así, el concepto de cultura de Williams y el de filosofía de Gramsci coinciden en ubicar a estas instancias como procesos ordinarios experimentados por todos los hombres en su quehacer cotidiano. Sin embargo, esto no implica que todos los seres humanos experimenten la cultura del mismo modo, ni que las concepciones del mundo sean idénticas para todos los grupos sociales. Ni Gramsci ni Williams conciben a los significados a través de los cuales los hombres otorgan sentido a la realidad y orientan sus acciones como un bloque homogéneo.

16. Williams, Raymond “La cultura es algo ordinario”, en: *Historia y cultura común*. Madrid: Libros La Catarata, 2008. Págs. 39-40.

17. Gramsci, Antonio. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1971. Pág. 7

Atendiendo a esta heterogeneidad y en relación al tema de investigación planteado se hace necesario especificar qué aspectos de la cultura resultan relevantes a la hora de analizar los procesos subjetivos de politización de la clase obrera azucarera tucumana, en particular, aquellos que permitieron el establecimiento de vínculos con

el PRT-ERP. Para ello se parte del supuesto de que el concepto de clase social, tal como fue caracterizado en el apartado anterior, puede funcionar como un concepto ordenador capaz de dar sentido a la heterogeneidad de significados y orientaciones prácticas que configuran y definen las pautas culturales de los trabajadores azucareros tucumanos. Aproximarse al conocimiento de estas pautas implica entonces aceptar que existen ciertos sentidos, valores y orientaciones que se derivan, a través de múltiples mediaciones, de las condiciones objetivas de vida de la clase aunque no están determinados por ella. Esas condiciones son heterogéneas y varían históricamente pero existe un denominador común que permite diferenciar la situación objetiva de vida del proletariado de la del resto de la sociedad: el trabajo en condiciones de explotación. El proceso de trabajo se ubica entonces como uno de los ámbitos fundamental de la experiencia de la clase y, por lo tanto, como un espacio central para el estudio de su cultura. En relación con esto es posible establecer dos dimensiones relevantes para la caracterización de las pautas culturales de la clase obrera azucarera tucumana: por un lado, una solidaridad intra-clase cuya base material está dada por su práctica en la acción transformadora de la realidad objetiva a través del trabajo con otros y, por otro lado, la constitución de un “nosotros” frente a un “otros” derivada de su experiencia común de explotación. Sin embargo, el hecho de que el trabajo constituya el espacio donde se despliega la práctica fundamental de la clase y el eje que organiza la vida de los obreros no supone que la experiencia vital de la clase se reduzca a ese ámbito. En este sentido, el análisis debe tener en cuenta otras dimensiones de la experiencia, como aquellas que se despliegan al interior de las instituciones educativas, de la familia, del barrio, de las organizaciones políticas y sindicales y todos aquellos espacios que se presenten como significativos a partir del desarrollo de la investigación.

A la hora de abordar estas cuestiones es necesario contemplar además que entre la cultura y la experiencia de la clase existe una relación de mutuo condicionamiento: por un lado, la cultura obrera encuentra anclaje en la especificidad de la experiencia de la clase. Así lo plantean Marx en el fragmento del *18 brumario de Luis Bonaparte* antes citado, al sostener que las condiciones económicas de existencia generan un “modo de vivir” y una cultura específica a la clase y Williams al afirmar que existe un modo de vida específico a la clase obrera que se caracteriza por “*su énfasis en la buena vecindad, en las obligaciones mutuas y en el mejoramiento común*”¹⁸. Por otro lado, en la medida en que la cultura es el espacio de constitución de los sentidos que posibilitan la confrontación, incide sobre la experiencia de la clase transformándola. Este planteo permite pensar a la cultura obrera en general, y a la de la clase obrera azucarera tucumana en particular, como un proceso complejo cuya unidad radica en la presencia de algún grado de impugnación a los valores de la cultura dominante y cuya heterogeneidad resulta de las diferencias en los modos de procesar la experiencia vital de la clase tal y como está configurada a partir de su situación objetiva.

Si esto es así, es posible pensar la heterogeneidad de las prácticas culturales obreras como expresión de diferentes formas de su conciencia. Para dar cuenta del modo en que esto es posible es necesario primero especificar qué se entiende por “conciencia de clase”. Una vez más, el abordaje de la cuestión no tiene como objetivo agotar esta compleja problemática, sino establecer algunos lineamientos a partir de los cuales abordar el tema de estudio planteado. E. P. Thompson entiende a la conciencia de clase como la forma en que se expresan las experiencias de la clase en términos culturales. Afirma que si bien esta experiencia está ampliamente determinada por las relaciones de producción en que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria, la conciencia no lo está¹⁹. Esto no supone una concepción de la conciencia como una instancia independiente de los procesos objetivos, refiere a la imposibilidad de establecer leyes universales acerca de su despliegue histórico. Partiendo de esta caracterización, puede sostenerse que el concepto de conciencia de clase refiere a los sentidos a través de los cuales los

18. Williams, Raymond, *Op. Cit.*, págs. 45-46

19. Thompson, Edward P. “Prefacio”, en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica, 1989. Pág. 13-18

sujetos que conforman la clase comprenden su propia situación objetiva. En tanto esa situación supone una experiencia común a la clase obrera que la distingue de la burguesía, las diferentes formas históricas de la conciencia se corresponderán con los diferentes modos de sentir y articular los propios intereses como comunes a la propia clase y como diferentes a los de otros grupos sociales. La conciencia de clase puede caracterizarse entonces como un conocimiento de la clase acerca de sus propios intereses y de la relación de los mismos con los intereses de la clase antagonista. Este conocimiento, a su vez, no constituye un esclarecimiento ni una revelación sino una construcción compleja que se desarrolla en y desde la experiencia práctica de la lucha de clases²⁰. De este modo, conciencia y cultura de clase no constituyen dominios mutuamente excluyentes: la conciencia de clase se expresa en el “proceso social total” de la cultura a través de valores y modos de significación que operan -de manera explícita o implícita- como orientación en las acciones de los hombres²¹. Esta relación permite ubicar a la cultura como un ámbito relevante para el estudio de la conciencia de clase: a través del análisis de los múltiples sentidos que conforman la cultura se puede especificar el modo en que la clase significa su propia posición objetiva y complejizar este estudio inscribiéndolo en la totalidad de su experiencia vital. Experiencia ésta que no sólo refiere a la actividad económica y política, sino también a los lazos familiares, vecinales, a las actividades recreativas y a todas aquellas esferas donde se desarrolla la vida de la clase.

El estudio de la cultura permite, además, el abordaje de aquellos aspectos de la conciencia que no encuentran plena articulación ni definición para los sujetos y que sin embargo operan en su práctica. Gramsci alude estos aspectos cuando sostiene que en las sociedades capitalistas la conciencia de las clases populares se caracteriza por “la coexistencia de dos concepciones del mundo, una afirmada en palabras y la otra manifestándose en el obrar mismo”²². La relación entre el pensar y el obrar no es analizada en términos de una mera contradicción entre teoría y práctica, ya que esto supondría la existencia de una práctica pura, lo cual resulta imposible desde el marco conceptual gramsciano donde cualquier actividad humana implica, necesariamente, algún tipo de conocimiento del mundo. El contraste es entendido como la contradicción entre “dos conciencias teóricas (o una conciencia contradictoria): una implícita en su obrar y que realmente lo une a todos sus colaboradores en la transformación práctica de la realidad; y otra superficialmente explícita o verbal que ha heredado del pasado y acogido sin crítica”²³. El carácter “contradictorio” de la conciencia de las clases populares pareciera remitir, así, a la contradicción entre elementos vinculados a su práctica material concreta y elementos provenientes de la ideología a través de la cual la burguesía influye sobre su conducta moral y sobre la dirección de su voluntad. De este modo, el planteo de Gramsci pone énfasis en la existencia de una conciencia implícita en el obrar, es decir, una conciencia que incluye aspectos que no tienen el grado de articulación y sistematicidad del pensamiento formal y que sin embargo inciden en la orientación de la voluntad de los hombres. Estos aspectos son similares a lo que Williams denomina como “estructuras de sentimiento”, concepto que engloba a aquellos “elementos característicos del impulso, restricción y tono, elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones, y no del sentimiento contra el pensamiento, sino del pensamiento tal y como es sentido y el sentimiento tal y como es pensado, una conciencia práctica de tipo presente dentro de una continuidad viviente e interrelacionada”²⁴. El concepto apunta al estudio de los significados y valores tal como son (o fueron) vividos y sentidos activamente por los sujetos y de sus relaciones variables con las creencias sistemáticas o formales. En este sentido, habilita la posibilidad de captar el carácter dinámico de los procesos subjetivos de la clase al permitir la inclusión en el análisis de aquellos aspectos que se hallan “en solución” y que se diferencian de “otras formaciones sociales sistemáticas que han sido precipitadas y resultan más evidente e inmediatamente asequibles”²⁵. Las estructuras de sentimiento pueden concebirse así como parte constitutiva de la

20. Rebón, J. y Salgado, R. “Transformaciones emergentes del proceso de recuperación de empresas por sus trabajadores”.(s/d). [En línea]. International Institute of Social History. http://www.iisg.nl/labourgain/documents/rebon_salgado.pdf. Consultado el 20/10/2011

21. Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las cuarenta, 2009. Pág. 148

22. Gramsci, Antonio, *Op. Cit.*, pág. 10

23. Gramsci, Antonio, *Ibid.*, pág. 10

24. Williams, Raymond, *Marxismo... Op. Cit.*, pág. 181

25. Williams, Raymond, *Marxismo... Op. Cit.*, pág. 181

cultura en la medida en que constituyen formas incipientes de significación que operan sobre la voluntad y las orientaciones de los hombres aunque no necesariamente de un modo consciente para ellos.

A partir de lo dicho hasta aquí es posible concebir a la cultura obrera como un conjunto de sentidos y valores propios de la clase cuya especificidad encuentra anclaje en lo particular de su experiencia. Estos sentidos tienen distintos grados de sistematicidad y coherencia y se expresan de diferentes maneras en la historia pero tienen en común algún grado de impugnación a los valores propios de la cultura hegemónica. Desde esta perspectiva la cultura puede pensarse como el espacio de mediación entre los dos procesos que definen a la clase social en la tradición marxista: la posición estructural y la confrontación con la clase antagónica. Esto es así porque tanto la existencia misma de la confrontación, como la forma que esta asuma dependen del modo en que la clase signifique su propia situación en relación a la de otros grupos sociales. Así, el estudio de la cultura obrera permite una aproximación a la conciencia de clase y a las estructuras de sentimiento. El problema radica entonces en determinar el modo de abordaje de estas cuestiones.

El modo de abordaje: la historia oral como vía de acceso a los procesos subjetivos de la clase obrera

En el apartado anterior se ha destacado el papel que asumen los procesos subjetivos a la hora de analizar el comportamiento de la clase obrera. Esto implica que el estudio de las pautas culturales y las formas de conciencia de los trabajadores azucareros tucumanos en el período propuesto constituyen aspectos significativos a la hora de analizar su comportamiento luego de las transformaciones objetivas producidas a partir de junio de 1966. La historia oral, entendida como una técnica de investigación específica basada en la construcción y/o recopilación de fuentes orales para el estudio de una problemática socio-histórica particular, constituye una vía de acceso privilegiada para este tipo de estudios, más aún cuando se trata de comprender los procesos subjetivos tal y como fueron vividos por los sujetos en el pasado. Las fuentes orales tienen la ventaja de proporcionar un acceso al mundo de la experiencia humana en el pasado y de ofrecer información fáctica escasamente documentada por otras fuentes. Esta información -tomando los recaudos metodológicos necesarios- permite reconstruir hechos históricos, complementar la información obtenida en otras fuentes y comparar y criticar los datos existentes. Uno de los aportes fundamentales del uso de fuentes orales para el estudio de los procesos subjetivos de la clase obrera es que permite captar dimensiones generalmente inadvertidas en los documentos escritos, como los significados conferidos a las actividades cotidianas y del mundo del trabajo, el lenguaje, las creencias y los valores. Estos aspectos resultan particularmente importantes a la hora de caracterizar las pautas culturales y las formas de conciencia de los trabajadores azucareros tucumanos, ahora bien, es necesario especificar el modo concreto de abordaje de estas cuestiones.

26. Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro. "Resistencia, cultura y conciencia: el proletariado de las catacumbas", en Camarero, Pozzi y Schneider (Comps.) *De la Revolución Libertadora al menemismo. Historia social y política argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2003. págs. 299-324.

Al respecto resultan sugerentes los aportes de Pablo Pozzi y Alejandro Schneider²⁶ quienes critican aquellas visiones que abordan la conciencia de clase en términos positivistas, como algo que "avanza" o "retrocede" o como algo que puede ser "verdadero" o "falso", conduciendo a lecturas demasiado simplificadoras de los procesos sociales. Frente a estas visiones sostienen que la conciencia constituye un proceso dinámico basado en la existencia material de los seres humanos y que sus transformaciones no se producen de manera lineal ni unívoca. La conciencia de clase es el resultado siempre "en solución" de un proceso complejo en el que las experiencias vividas en el lugar de trabajo, en el vecindario y en la familia se articulan a través de pautas culturales para dar lugar a una interpretación de la realidad, de los problemas

que rodean a trabajador y de las posibles soluciones a esos problemas. Desde esta perspectiva los autores problematizan los modos en que se ha abordado el estudio de la conciencia en la mayoría de las investigaciones: por un lado, el nivel de conflictividad social y el tipo de reivindicaciones planteadas y, por otro lado, la cantidad de adherentes al marxismo, medido a través de afiliaciones partidarias, resultados electorales y capacidad de movilización de las organizaciones de izquierda marxista. Sostienen que si bien la observación de estas cuestiones permite una aproximación al tema de la conciencia presentan el problema de soslayar aspectos importantes vinculados a las formas de significación de la experiencia cotidiana de la clase obrera.

Analizando estas cuestiones en relación al estudio de caso aquí propuesto es posible plantear que esos modos de abordaje presentan, además, otros inconvenientes. En primer lugar, un problema de orden práctico vinculado a la escasez de documentos que permitan dar cuenta del tipo de reivindicaciones planteadas en el período. Como es frecuente en la historia argentina, la destrucción sistemática de material documental por parte de los gobiernos militares y la ausencia de políticas destinadas a la conservación de documentos históricos tornan difícil el acceso a este tipo de fuentes. El archivo de la FOTIA, además de haber sido diezmado por las dictaduras militares, fue destruido en dos ocasiones por incendios ocasionando la pérdida de valiosa documentación. De este modo, las principales fuentes escritas disponibles provienen de la prensa escrita, una fuente que si bien puede aportar a la reconstrucción histórica de ciertos hechos, sólo permite un acceso mediado por interpretaciones a las reivindicaciones planteadas por la clase.

El segundo problema está vinculado a las características del sujeto colectivo que nos proponemos estudiar y tiene que ver con su comportamiento político en el período propuesto. Los avances de investigación realizados hasta el momento indican que las relaciones de los trabajadores con el PRT-ERP no siempre se tradujeron en militancia orgánica. Por el contrario, las entrevistas realizadas indican que existieron múltiples formas de vinculación con esta organización que incluían la participación en acciones conjuntas, la realización de reuniones de “formación política” o la provisión de alimentos para la guerrilla. Este tipo de actividades no sólo no suponían una adscripción formal a la organización sino que, en muchos casos, eran realizadas por sujetos que se definían a sí mismos (y se continuaban definiendo) como peronistas. Esta situación es concordante con el comportamiento a nivel nacional de la clase obrera en el período, caracterizado por la combinación de un alto nivel de conflictividad en relación a otros países y un bajo nivel de adhesión a organizaciones de izquierda marxista²⁷. De este modo, resulta problemático ubicar a la adhesión orgánica a estas organizaciones como criterio para la caracterización de la conciencia de clase.

27. Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro, *Ibíd.*, pág. 300

Además de estos problemas, los modos de abordaje antes descriptos presentan el inconveniente de soslayar aspectos centrales de los procesos subjetivos de la clase obrera azucarera tucumana. Según lo antes planteado, la conciencia de clase constituye un fenómeno complejo que se expresa en el conjunto de relaciones sociales que definimos como cultura y que exceden ampliamente a las afiliaciones políticas. En otras palabras, entender a la cultura obrera como un proceso “ordinario” en función del cual los trabajadores significaban su realidad material implica ubicar al universo significativo de la clase como un aspecto central para el conocimiento de su conciencia. De ahí que las fuentes escritas resulten insuficientes para el abordaje de estas cuestiones y de ahí también la relevancia que adquiere la historia oral como técnica de investigación.

Esta concepción acerca de la cultura opera también en la determinación del criterio de selección de los entrevistados, dado que se trata de investigar el modo en que

la experiencia viva y compleja de los trabajadores se manifiesta en su cultura y su conciencia, la selección está orientada fundamentalmente a los núcleos familiares de activistas y trabajadores de base. Habiendo delimitado el criterio de selección de los entrevistados surge el interrogante acerca del valor de los testimonios como vía de acceso a la subjetividad social de los trabajadores azucareros en el pasado. Como fue mencionado, las fuentes orales permiten un acceso privilegiado al modo en que los entrevistados vivenciaron un proceso histórico concreto, ahora bien ¿es posible acceder a la subjetividad colectiva de una época a través de los testimonios de algunos sujetos?, y si es así ¿cómo fundamentar este paso de lo subjetivo a lo social? Sin pretender agotar esta compleja cuestión puede plantearse que las respuestas a estas preguntas dependen de la perspectiva que se adopte a la hora de analizar lo social. Si el punto de partida es el individuo cada testimonio constituye una mirada singular que sumada muchas otras va a permitir el acceso a la subjetividad social de la época. Pero si, en cambio, el punto de partida del análisis es lo social y se entiende que los sujetos sólo se constituyen como tales a través de las relaciones con otros, cada testimonio puede ser entendido como una visión particular de significaciones colectivas construidas en una experiencia compartida. Desde esta perspectiva, es posible pensar que cada una de las fuentes orales contiene rastros de esas significaciones colectivas y que, en cierto sentido, es representativa de las mismas.

Teniendo en cuenta lo dicho hasta aquí sobre las ventajas de la historia oral para abordar el estudio de los procesos subjetivos de la clase obrera, se hace necesario delimitar qué aspectos de estos procesos subjetivos resultan relevantes para el estudio de los procesos de politización de los trabajadores azucareros tucumanos. Si bien esta especificación sólo puede resultar de un estudio más minucioso y complejo del caso histórico en cuestión que excede los límites del presente artículo, es posible plantear algunos lineamientos generales para la aproximación a este problema. En el apartado anterior se delimitaron dos dimensiones de la cultura obrera que resultan particularmente relevantes para el estudio de caso propuesto: en primer lugar, los valores y prácticas ligados a una solidaridad intraclase, cuya base material está dada por su práctica en la acción transformadora de la realidad objetiva a través del trabajo con otros y, en segundo lugar, la percepción de un “nosotros” frente a un “otros” derivada de su experiencia común de explotación. Estas dimensiones, a su vez, pueden ser analizadas tomando como base la tipificación de las relaciones de fuerza propuesta por Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*²⁸, en especial, la referida los momentos de las relaciones de fuerzas políticas. El primer momento y el más elemental es el económico corporativo, se caracteriza por el sentimiento de unidad homogénea con el grupo profesional pero no con el grupo social más vasto en el que éste se integra, es decir, la clase. El segundo momento se caracteriza por la conciencia acerca de la solidaridad de intereses entre todos los miembros de la clase en el campo económico; en este momento se plantea la cuestión del Estado pero sólo en el terreno de lograr una igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, se reivindica el derecho a participar en la legislación y en la administración y hasta de modificarla pero permaneciendo dentro de los marcos de legalidad existentes. Por último, el tercer momento se caracteriza por la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan los límites corporativos y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Este momento marca un punto de inflexión en las relaciones de fuerza políticas: con la superación de los intereses meramente económicos la clase ingresa al plano de las superestructuras complejas. Esto no supone la negación de los fines económicos de la clase sino su unidad con los fines políticos, en otras palabras, implica la conciencia por parte de la clase acerca del carácter universal de sus propios intereses, de la imposibilidad de alcanzarlos en el marco de las relaciones de producción existentes y de la necesidad de construir hegemonía sobre el resto de los grupos subordinados para lograr la transformación de dichas relaciones. El Estado es concebido como un organismo propio de la clase

28. Gramsci, Antonio. “Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerzas”, en *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003. Págs. 51-62.

dominante destinado a crear condiciones favorables para la máxima expansión de esa clase. Cabe aclarar que Gramsci no concibe estos momentos de manera lineal, por el contrario, afirma que los mismos se influyen recíprocamente combinándose y escindiéndose de distintas maneras.

Analizando los momentos propuestos por Gramsci en relación con las dimensiones de la cultura obrera antes mencionados, es posible plantear que cada uno de ellos se corresponde con una forma de significación de la solidaridad intraclasses y con una forma de concebir la relación entre los intereses del propio grupo y el de otros grupos sociales. En el primer momento los elementos en función de los cuales el sujeto se percibe a sí mismo como parte de un colectivo y define los límites de ese colectivo se asientan en una percepción de intereses económicos comunes al propio grupo profesional. El sujeto se ubica como parte de un “nosotros” conformado por dicho grupo, este “nosotros”, a su vez, se define por la percepción de una solidaridad entre los intereses económicos de quienes lo conforman y excluye como “otros” a todos aquellos que no participan del mismo. En el segundo momento, los intereses en función de los cuales se constituye el “nosotros” continúan siendo de carácter económico, pero el colectivo definido a partir de la solidaridad de intereses se extiende hasta abarcar al conjunto de la clase. De este modo, se constituye un “nosotros” cuyo afuera constitutivo es la burguesía, la que a su vez se define por la existencia de intereses económicos diferentes a los propios pero no irreconciliables con éstos, de ahí el papel asignado al Estado como garante de la igualdad político-jurídica. Finalmente, el tercer momento se caracteriza por la percepción de un “nosotros” que continúa incluyendo al conjunto de la clase, pero cuya delimitación se basa en una comunidad de intereses que excede el ámbito de lo económico para articularse con lo político, este momento se define además por la percepción acerca de la necesidad de ampliar el propio colectivo incluyendo a otros grupos sociales. La relación entre los propios intereses y los de aquellos que quedan definidos como “otros” es significada en términos de antagonismo, es decir, los intereses de estos grupos no sólo se definen como diferentes sino, además, como irreconciliables con los propios.

Otro aspecto significativo a la hora de abordar estas cuestiones es el que podría denominarse como “inscripción histórica del colectivo de pertenencia”. Si se entiende que la conciencia de clase es el resultado, nunca acabado, de un proceso de aprendizaje práctico que se realiza en y desde la lucha de clases, recuperación de la experiencia de las generaciones anteriores adquiere un lugar central. Esta recuperación es condición de posibilidad de la acumulación histórica del conocimiento sin la cual la conciencia no podría desplegarse, de ahí que su quiebre haya sido uno de los objetivos fundamentales de la burguesía a lo largo de la historia. Por esta razón, a la hora de analizar la conciencia de un sector de la clase obrera no sólo es importante identificar los alcances del colectivo de pertenencia en el marco de su presente temporal sino también su delimitación en el plano histórico. En relación con esto adquiere importancia la indagación de las formas de transmisión intergeneracional de valores y percepciones críticas capaces de construir un sentido de continuidad entre las propias experiencias de lucha de los sujetos y las de las generaciones anteriores. Los avances de investigación realizados hasta el momento han permitido rastrear la presencia de una tradición obrera contestataria basada en la persistencia de una noción de “nosotros contra otros” construida a lo largo de la experiencia colectiva de la clase y transmitida oralmente de generación en generación. Cabe aclarar que, recuperando los aportes de Raymond Williams, se entiende que la tradición constituye un proceso irreductible a la mera supervivencia de un pasado inerte. Por el contrario, supone una construcción activa que permite otorgar sentido a una serie de continuidades prácticas que son directamente experimentadas por los sujetos²⁹. Las fuentes orales posibilitan el acceso a este tipo de cuestiones y permiten complejizar su estudio al ampliar el espectro del análisis más allá del modo en que quedaron cristalizados en

29. Williams, Raymond, *Marxismo...* Op. Cit., Págs. 74-78

los documentos escritos. Estos documentos, aún cuando se trate de aquellos elaborados por las organizaciones de la clase, suponen un nivel de articulación y de coherencia interna que no necesariamente se condice con los procesos subjetivos de los trabajadores. Esto no implica que los documentos de las organizaciones políticas y sindicales sean irrelevantes para el análisis. Por el contrario, resultan muy valiosos, especialmente aquellos que expresan procesos de elaboración colectiva o, cuando menos, algún tipo de aprobación (activa o pasiva) por parte de la clase.

A la hora de investigar los procesos subjetivos de la clase es necesario, además, contemplar los valores, creencias, tradiciones y pautas culturales que operaron concretamente en las prácticas cotidianas de los trabajadores aunque no necesariamente eran coherentes con las formas en que los sujetos racionalizaron su experiencia. Entre estos valores, resultan especialmente significativos aquellos vinculados a la solidaridad entre pares, ya que los mismos pueden considerarse como indicadores de la cohesión de la clase. Las fuentes orales nos permiten el acceso a esta “dimensión práctica” de la conciencia que no necesariamente se tradujo en una racionalización formal por parte de los sujetos y que, sin embargo, tuvo consecuencias materiales. Esto no supone concebir estas dimensiones como esferas independientes sino contemplar el hecho de que aunque toda actividad práctica lleve incorporada una teoría y aunque no exista teoría al margen de la práctica, no necesariamente existe una relación consciente y directa entre estos elementos. La incorporación de esta dimensión permite estudiar los procesos subjetivos de la clase en su dinamismo, captándolos como procesos contradictorios, nunca acabados, ni lineales, ni unívocos que se desarrollan en y desde la experiencia de lucha de la clase.

De esta forma, el modo de abordaje propuesto presenta dos ventajas, por un lado permite complejizar el estudio de la conciencia incorporando la dimensión de la experiencia cotidiana de la clase y, por otro lado, permite reconstruir los valores que operaban en dicha experiencia aunque no necesariamente en forma consciente o con el grado de articulación propio de una ideología formal. El acceso a estas dimensiones resulta fundamental para explicar la aparente contradicción entre la realización de múltiples acciones por parte de la clase que ponían en cuestión el sistema de producción capitalista y la persistencia a su interior de identidades políticas no revolucionarias. En este punto la forma de abordaje propuesta se distancia de la utilizada en los estudios sobre memoria ya que, si bien se contempla que los valores y significaciones que emergen en las entrevistas se construyen desde la experiencia de los sujetos en el presente, el análisis apunta a la reconstrucción de los mismos tal y como operaban en el pasado.

El estudio de estas cuestiones permite, además, ubicar en la misma serie prácticas diversas tales como las huelgas llevadas adelante por los trabajadores azucareros tucumanos durante el gobierno peronista, la presentación y elección de candidatos obreros con un programa revolucionario en las elecciones de 1965, las luchas contra el cierre de los ingenios en 1966, las diferentes formas de rearticulación de la clase con posterioridad a dicho cierre, sus relaciones con el movimiento estudiantil, y las diferentes formas de vinculación de los trabajadores con el PRT-ERP. Estas prácticas, más allá de sus diferencias, se basaron en una lectura de la realidad en términos de antagonismo social y en una concepción del “nosotros versus otros” que, independientemente de su expresión en términos de identidad política, implicaron un profundo cuestionamiento de hecho a las relaciones de producción capitalistas. De manera complementaria, el planteo propuesto habilita la posibilidad de establecer una continuidad entre las diferentes formas de ofensiva de la burguesía en el período, es decir, permite leer prácticas tales como las quitas de la personería gremial de la FOTIA durante los dos primeros gobiernos peronistas, el cierre de los ingenios azucareros, el despliegue del Operativo Independencia en 1975 y la posterior dictadura

militar como parte de una estrategia tendiente a desarticular la capacidad de lucha de la clase obrera y a quebrar el proceso de acumulación histórico de conocimiento gestado por la clase a lo largo de su experiencia de lucha.

Al mismo tiempo, el análisis de los procesos subjetivos de los trabajadores resulta fundamental a la hora de explicar la relación entre la clase obrera azucarera tucumana y el PRT-ERP. Una de sus principales ventajas es que permite captar el modo en que las estructuras de sentimiento de la clase y la ideología encarnada por la organización lograron articularse en el proceso de lucha de clases desarrollado en el período. Esta articulación, a su vez, constituye una clave para comprender las diferentes formas de vinculación de la clase con el PRT-ERP y su aparente contradicción con la identidad política autoproclamada por una parte mayoritaria de la clase en el período. Por último, el abordaje de estas cuestiones aporta a complejizar el análisis del fenómeno de la lucha armada en la década de 1970 en tanto permite dar cuenta del modo en que el mismo se inscribe en la experiencia histórica de la clase.

